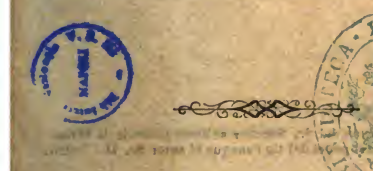
ARTESANO Y CABALLERO.

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO

POR

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

ESTRENADA CON APLAUSO EN EL TEATRO DE NOVEDADES.



Imprenta de José Diaz Fernandez,
Juanelo, n.º 16, bajo.

1870.

PERSONAJES.		ACTORES.
María.	Doña	Josefa Jordan.
La señora Ignacia.	»	María Artigues.
Salvador.	Don	Segismundo Cervi.
El tio Peneque.	»	Ricardo Sanchez (1)
Alfredo.	»	Gabriel Galza.
Don Damian.	»	Eleuterio del Val.

La accion en Madrid.

(1) Por indisposicion del Sr. Sanchez se encargó desde la tercera representacion del papel del tio Peneque el actor Sr. D. Pedro J. Moreno.

AL DISTINGUIDO ACTOR D. SEGISMUNDO CÉRVI.

Al dedicar á V. esta obra me impulsa únicamente el deseo de manifestarle de este modo la sincera espresion de mi reconocimiento. Si «Artesano y Caballero» ha merecido los aplausos del público y los elogios de la prensa, justicia ha sido merecida para el actor que con tanta maestría ha desempeñado, realzándole, el papel de Salvador, y ›ondad no escasa hácia el autor de tan insignificante traajo literario Reciba V., al par de los demás inteligentes :tores que tan dignamente han contribuido al buen éxito : la comedia, el testimonio de mi gratitud, y admita usl mi pobre ofrenda, atendiendo al pensamiento que la ›tiva, mas que al escaso mérito de tan modesta procion

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

Iadrid, Noviembre de 1870.

ACTO ÚNICO.

Habitacion pobremente amueblada, en una casa de vecindad. Dos puertas á la derecha, una á la izquierda y otra en el foro.

ESCENA PRIMERA.

La señora Ignacia.—Salvador.

(La primera sentada en una silla; el segundo en pié, próximo á ella y contemplándola con abatimiento.)

Salvador. ¡Qué tristes son, pobre madre,
las horas de tu existencia,
y cuán amarga vejez
te ha ofrecido la miseria!
¡cómo ha de ser! (*separándose*).
Ignacia. ¡Salvador!
Salvador. ¿Llama usté, madre?
Ignacia. ¿En qué piensas?
¿no estabas aquí, á mi lado?
Salvador. Sí, madre mia.
Ignacia. ¿Y te alejas?
Salvador. No, no me alejo, es que estoy
(*acercándose otra vez.*)
algo impaciente, no llega
María aun.

Ignacia. Ya vendrá.
está muy lejos la tienda,
y luego en este Madrid
con tanta gente ..

Salvador. Pues esa
es mi zozobra, si alguno
á decirla se atreviera ..
por no acompañarla!

Ignacia. Tú
no estás fuerte, y si te dejan
volverás á caer enfermo
como antes.

Salvador. Pero ello es fuerza
que yo salga y que trabaje.
María labor no encuentra
hace dos dias, el cuarto
no está pagado, usté tiembla
de frio..

Ignacia. ¡Yo!

Salvador. ¡Madre mia!
no niegue usté. .

Ignacia. ¡Qué quimera!

Salvador. Hoy hay pan, mañana Dios
sabe si lo habrá.

Ignacia. No creas,..

Salvador (Como ella ignora que yo
estoy en ayunas ..)

Ignacia. ¿Piensas
salir hoy?

Salvador. Sí, me es preciso
un ebanista me espera
para ver si en su taller
hay algun trabajo.

Ignacia. Deja
un dia mas. .

Salvador. No es posible

Ignacia Y yo inútil, ¡si yo viera!
de nada sirvo...

Salvador. Su edad,

solo es para estarse quieta,
tranquila, déjeme usté...

Ignacia. Salvador, tengo una idea,
¿por qué no hablas al vecino
que es tan buen hombre?

Salvador. Hartas pruebas
nos tiene dadas.

Ignacia. Por eso..

Salvador. Por lo mismo no quisiera
que pensára un solo instante,
que abuso de su paciencia
y su bondad; además,
aunque sacarnos pudiera
de apuros, al fin y al cabo
esto seria una deuda,
y el hombre que tiene brazos,
y á mas de brazos conciencia
no mendiga lo que puede
ganar con ruda tarea,
ni por estar echo un vago
pide prestado y se empeña,
que el pan pedido entristece
y el ganado honra y consuela.

Ignacia. ¡Hijo mio!

Salvador. Desde niño
me educó usté en esa escuela
y el fruto de sus consejos
no querrá ver hoy en tierra.

Ignacia. Solo mi afan, mi cariño
me guiaba.

Salvador. Enhorabuena.
pero antes que todo .

Ignacia. Sí,
trabaja y...

Salvador. ¡Dios nos proteja!
(*asiéndola una mano.*)

Ignacia. Tienes razon.

Salvador. Venga usté,
(*ayudándola á levantarse.*)

aquí hace un aire que hiela
entre usté en su cuarto.

Ignacia. ¿Y tú?

Salvador. Por mí no tenga usté pena.
(Conduciéndola hácia la primera puerta de la derecha.)
Vamos.

Ignacia. Pues lo quieres...

Salvador. Sí;
está usté fria...

Ignacia. No temas... *(entrando)*

Salvador. El pañuelo.
(cubriéndola bien los hombros.)

Peneque. (De estos hijos
(apareciendo un instante por el foro.)
ya no hay muchos en mi tierra.

ESCENA II.

Salvador.—El tio Peneque.

Salvador. ¡Tio Peneque!

Peneque. El mismito;
¡que viva la gente buena!
Lo que es la señora Ignacia
con un hijo de tus prendas
puede juzgarse feliz
á pesar de su ceguera.

Salvador. Yo cumplo mi obligacion.

Peneque. Pero la cumples á medias.

Salvador. ¿Cómo?

Peneque. Los buenos vecinos
deben de tener franqueza
y tú no cumples, callando
lo que decirme debieras.

Salvador. ¡Tio Peneque!

Peneque. ¡Tio Peneque!
siempre con la misma fiesta,
siempre callado, tratando
de ocultar que la miseria ..
Salvador. Usté se engaña.
Peneque. ¿No veo
cómo se marchan las prendas,
que, al empeñarse en marcharse
en no volver mas se empeñan?
Vaya, y que un hombre cual tú
engorde á tanta culebra
de usurero, por no hablar
y pedir una onza ó media!
Salvador. Hoy pienso encontrar trabajo.
Peneque. Siempre en encontrar se piensa,
pero eso no basta, chico,
cuando la fortuna es negra
y cuando se tiene un genio
tan taciturno; yo era
como tú, pongo por caso,
triston, pero dí una vuelta
y echando el alma á la espalda
y ahogando á tragos mis penas
logré salir adelante
con salud y con talegas
Ya se vé, los envidiosos
rabian cuando uno prospera,
y porque alguna vez que otra
desocupo una botella
me llaman borracho; ¡endinos!
borracho, porque me alegra
echar un brindis.. te juro
Salvador, que no me inquieta,
porque, hijo, si me sangrasen
y saliese Valdepeñas
como una gota de sangre
quedará solo en mis venas
esa estaria mas limpia,
que todas las malas lenguas,

que no han catado en su vida
mas licor, que el agua fresca

Salvador. Bien lo sé

Peneque. ¡Voto á brios!
la gente alegre remedia
los males, vente conmigo
Salvador, y con llaneza
echando un trago refiéreme
tus apuros, que si fuera
cosa que yo...

Salvador. Tio Peneque
la merced que yo quisiera...

Peneque. ¿Cuál?

Salvador. Que acompañe á mi madre
aguardando aquí mi vuelta

Peneque. Pero antes...

Snlvador Mi hermana tarda
y un compañero me espera.

Peneque. Mas... (*haciendo señal de beber*)

Salvador. Nada.

Peneque. ¡Bueno!

Salvador. Hasta luego.

Peneque. Dios te dé lo que deseas.
(*Vase Salvador por el foro.*)

ESCENA III.

El tio Peneque.

Peneque. Pues señor, ¡viva la Pepa!
ó yo no entiendo una papa,
ó este muchacho no escapa
si no se arrima á la cepa.
Por no andar junto á la pipa
con el busilis no topa.
no irá nunca viento en popa

ni podrá llenar la tripa.
Porque el que se hace á la capa
á ser algo nunca trepa
que no hay sitio donde quepa
el que la modestia tapa.
Pues para no hacerse pupa
de vergüenza y comer sopa
nada hay mejor que la copa,
que no hace volver la grupa.
Y el que la fortuna atrapa
sendas botellas destripa,
que hace falta la chiripa
para ser hombre de chapa.
(*Se dirige hácia el cuarto de Ignacia*)

ESCENA IV.

Dicho —*Don Damian.*

Damian. ¡Eh, buen hombre!
(*apareciendo por la puerta de foro*
Peneque. ¿Qué se ofrece?
(*v lviéndose*).
Damian. Necesito hablar á solas.
Peneqne. Pues diga usté lo que quiera
que aquí na lie nos estorba.
Damiau. ¿Tiene usté una hermana?
Peneque. Puede.
Damian ¿La tiene usté?
Peneque. ¿Qué le importa?
Damian. Mucho, que tengo un sobrino.
Peneque. Será usté un tio.
Damian. ¿Se mofa?
Peneque. Lo que usté quiera.
Damian. ¡Acabemos!
Peneque. Si hemos empezado ahora

Damian. Yo sé que aquí hay algo.
Peneque. Y yo.
Damian. ¿Usté sabe?
Peneque. Muchas cosas.
Damian. Hablo de su hermana.
Peneque. Ya.
Damian. Y de mi sobrino.
Peneque. ¡Hola!
Damian. ¡Soy don Damian!
Peneque. Dios le guarde.
Damian. Y he venido ardiendo en cólera.
Peneque. Témplese usté.
Damian. Es necesario.
Peneque. Agua fria
Damian. ¿Está de broma?
Peneque. Como usté guste
Damian. Yo tengo
muchos humos.
Peneque. Ya se nota.
Damian. ¡Soy un tigre!
Peneque Está á la vista,
¿quiere usté echar una copa?
Damian. Lo que quiero es, señor mio,
que usté á los planes se oponga
de los chicos.
Peneque. No comprendo
Damian. Mi sobrino se enamora
como un animal
Peneque. Usté
lo dice.
Damian. Y si no se logra
cortar pronto esa p sion
que ya va rayando en tonta
se casará con la niña
que no desea otra cosa;
mas antes que el caso llegue
de preparar esa boda
ó yo desato ese lio
ó usté por lo sano corta,

que esa union no le conviene
ni á mi alcurnia, ni á mi estofa.

Peneque. Todo eso está, la verdad,
bastante mal dicho...

Damian. ¡Olga!

Peneque. Pero en fin, allá se arreglen,
pues por lo que á mí me toca
no tengo hermana ninguna
ni conozco esas historias,
con que largo don levita,
que ya está usté aquí de sobra.

Damian. ¿Cómo se entiende?

Peneque. Lo dicho

Damian. Pero es cierto...

Peneque. ¡Dale bola!

Damian. Con que usté no es el hermano
de María, bordadora...

Peneque. ¡Ni esto!

Damian. ¡Será otro!

Peneque. ¡Cabal!
¡qué listo!

Damian. ¡El furor me ahoga!

Peneque. ¡Cuidado!

Damian. Yo volveré,
(saliendo por el foro.)
y como indague ..

Peneque. ¡Tio cócora!
(siguiéndole algunos pasos.)
cuidado, no indague yo algo
con la punta de mi bota.

ESCENA V.

Dicho.—*La señora Ignacia.*

Ignacia. Tio Peneque

Peneque Señá Ignacia.
Ignacia ¿Qué busca ese hombre?
Peneque. Con tiento..
vamos.. ¿oyó. .?
Ignacia Casi todo;
se trata de mi hija. .
Peneque. Cierto.
Ignacia. ¡Dios mio!
Peneque. No hay que apurarse
yo conozco á ese mancebo...
Ignacia. ¿Con que es verdad?
Peneque. Sí.
Ignacia. Y Maria
nos ha ocultado .
Peneque. Temiendo
á su hermano. .
Ignacia. Si él supiera. .
pero, ese jóven ..
Peneque. Alfredo
es un buen muchacho, estudia
medicina y ya muy luego
será doctor.
Ignacia. Y usté dice...
Peneque. Yo le conozco hace tiempo
y al saber que aquí habitaba
me dió cuenta del suceso.
Nada, que la vió en la calle
y que la dijo: «te quiero,»
que se puso colorada,
y contestó: «no lo creo»
que él se lo juró, y que ella
lanzó un suspiro tremendo,
que él soltó otro, que la niña
le puso los ojos tiernos,
que él manifestó buen fin,
que ella se alegró con eso,
que él pidió hablarla despacio,
que ella le otorgó un momento,
y que como es natural,

despues de hablar. . se entendieron.

Ignacia. Pero ese tio...

Peneque. Ese tio,
es muy tio y muy refeo.

Ignacia. ¿Y usté no lo conocia?

Peneque. Yo no, pues aunque hace tiempo
me habló el sobrino...

Ignacia. ¿Y no quiere?

Peneque. Ese chico es su heredero
presunto.

Ignacia. ¡Ah!

Peneque. ¡Ese es el caso.

Ignacia. ¡Pobre hija mia!

Peneque. Veremos.
yo fio en el mozo

Ignacia Cá;
siendo pobres ..

Peneque. No hable de eso,
con tal que él quisiera.

Ignacia ¡Calle!
(escuchando).
¡María!...

Peneque. ¿Llega?

Ignacia Sí.

Peneque. Bueno;
pues chiton ..
(guiándola á su cuarto.)

Ignacia. ¡Oh! y Salvador...

Peneque. Ya se arreglará. .

Ignacia. Es que temo...

Peneque. Ya está ahí... calle y no salga,
yo respondo del suceso.

ESCENA VI.

María.—El tio Peneque.

María. ¡Ay, señor Peneque!
Peneque. Tio,
que yo á señor no he llegado.
María. Vengo asustada...
Peneque. ¿Qué ocurre?
María. Salvador...
(*mirando con temor en torno suyo.*)
Peneque. Solos estamos
puedes hablar.
María. Bien; Alfredo
(*bajando algo la voz.*)
ya sabe usté...
Peneque. Sí, sé algo.
María. Me ha seguido...
Peneque. ¡Ah! te ha seguido...
María. Diciendo unas cosas...
Peneque. ¡Diablo!
¿y qué ha dicho?
María. Que ha de hablar
sin pasar de hoy á mi hermano
Peneque. ¡Cáspita!
María. Y no es lo peor,
sino que se queda abajo
esperando que yo le haga
una seña por el patio
para subir...
Peneque. ¡Está loco!
María. Mis súplicas no han bastado...
Peneque. Pues hija, á mí me parece,
que ese negocio está malo;
hoy ha venido su tio

y dijo, echando venablos
que no casa á su sobrino
contigo, aunque caigan rayos.

Maria. ¡Oh!

Peneque. Y va á volver, ya ves tú,
que si él atisba á tu hermano
todo se descubre, y yo,
tendré que pagar el pato
por encubridor de amores,
que es papel lucido...

Maria. ¿Y vamos. .
á dejar...? ¡Señor Peneque!

Peneque. Por ser yo de genio blando
me encuentro ahora perdido
y entre las uñas del gato.
¿Quién me mandaba tener
á mi edad estos cuidados?
á la una, porque la quiero
y al otro por buen muchacho
protejo, sin reparar,
que con esto al otro engaño.

Maria. Pero si Alfredo le dice
que dé permiso...

Peneque. ¡Canastos,
pues bonito es Salvador
para atender al reclamo¡
en viendo que es señorito
tu novio, va á dar un salto...

Maria. Sí, mas usté le dirá...

Peneque. Y aunque diga, queda el ganso
del tio...

Maria. ¿Y qué hacer?

Peneque. Bien fácil;
dejarse de novios.

Maria. Claro;
si usté fuera una mujer
no diria eso...

Peneque. ¿Es tan malo?

Maria. Sí, porque dejar un novio

siempre cuesta algun trabajo,
y luego... en fin, usté sabe,
que yo le quiero

Peneque. Me lavo
las manos...

Maria. ¡Señor Peneque!

Peneque. No hay señor que valga..

Maria. Vamos...
sea usté...

Peneque. ¡Yo no soy nada!

Alfredo. ¡Un buen amigo! (*entrando por el foro.*)

Peneque. ¡Muchacho!

ESCENA VII.

Dichos.—*Alfredo.*

Maria. ¡Ah!

Alfredo. ¿Les sorprende?

Peneque. ¡Me gusta!
¿con que entrarte de improviso?...

Maria. Es una locura.

Peneque. ¡Atroz!

Alfredo Estén ustedes tranquilos;
yo esperaba una señal
que no has hecho y si he subido
ha sido porque impaciente
estoy, pues quiero que hoy mismo
cese el misterio, y sabiendo
que tu hermano me cree digno,
fijar un plazo á la boda
y casarnos y..

Peneque. Bien dicho;

pero, si mientras llegase
Salvador, y en el garlito
nos pillase y un garrote
cogiera hecho un basilisco
y dando á esta un puntapié
te rompiera á tí el bautismo,
y á mí, con razon sobrada
me colgára el sambenito...
¿podrias quejarte luego
con un fundado motivo
si se frustraba la boda
y todo tu plan? ten juicio;
sal de de aquí, vete á tu casa,
y pues te hablo como amigo
te doy, de último consejo
que no hagas mas el pollino.

Alfredo. Muchas gracias.

Peneque La verdad,
sabes que te aprecio, chico,
y que antes que tú nacieras
á tu padre he conocido
mas por lo mismo que quiero
vuestro bien, el'o es preciso
que sea yo aquí el que mande
ó que me saqueis del lio.

Alfredo. Disponga usté .

Maria. Sí.

Peneque. Pues márchate
en seguida!

Alfredo. ¡Hombre!

Peneque. No admito
réplica ninguna

Maria. ¡Vete
por Dios! yo te lo suplico...

Alfredo. Mas antes, dime...
(asiéndola una mano y postrándose.)

Salvador. ¡Qué es esto!
(lleno de ira, desde el foro.)

Peneque. (Se armó la de Dios es Cristo!)

ESCENA VIII

Dichos. — *Salvador.*

María. ¡Mi hermano!
Alfredo. ¡Ah! (*levantándose*.)
Salvador. ¡Tio Peneque!
Peneque. (Ya escampa.)
Salvador. ¿Qué ha sucedido?
Peneque. (Buen nublado.)
Salvador. ¡Vete dentro!
Alfredo. Señor! ..
Salvador ¡Silencio! ¿qué he dicho?
(*asiendo á su hermana por un brazo.*)
María. ¡Salvador!
Salvador. Vamos, ahora
(*arrastrándola hácia la habitacion de su madre, y cerrando la puerta.*)
no te toca á tí!
Peneque. (Qué cisco.. .
mejor será...)
(*alejándose algunos pasos.*)
Salvador. Tio Peneque,
quiero hablar á este mocito
Peneque. Eso es decir que me marche.
Salvador. Sí señor.
Peneque. (Claro, lo dicho;
aquí está el pagano.) ¡Abur!
ya sabrás si soy tu amigo.
(*saliendo por el foro*).

ESCENA IX.

Salvador.—Alfredo.

Salvador. Pues que solos nos hallamos
oyendo con calma, espero,
que me esplique, caballero,
la situacion en que estamos.
Su edad, me parece escasa
y mi justa ira contiene
aunque edad bastante tiene
para deshonrar mi casa.
Alfredo. Juro á usté.
Salvador. No es menester;
siempre el juramento sobra
cuando el hombre piensa y obra
con arreglo á su deber.
Y sepa, como advertencia
antes de entrar en asunto,
que sé bien. punto por punto
las cuestiones de conciencia.
Porque este traje no quita
que de ello me halle enterado,
que para ser hombre honrado
no hace falta la levita.
Alfredo. Lo sé y aunque me condena
la indiscrecion que he tenido,
despues que usté me haya oido
sabrá comprender mi pena.
Salvador. Su pena...
Alfredo. Sí, que al tratar
de obrar cual mi honor me impone,
mi aciaga suerte se opone
á que lo pueda lograr.
Salvador. Espliquese usté.

Alfredo — A María
profeso un amor tan puro,
que al faltarme, de seguro
mi existencia cesaria.

Salvador. Palabras vanas .

Alfredo. — Señor.

Salvador. Y aunque yo le diera fé,
seria igual

Alfredo — Porque usté
no sabe lo que es amor.
Porque si usté lo supiera
no se mostrara tirano ..

Salvador. ¿Acaso el ser artesano
hace amar de otra manera?

Alfredo. ¡Oh! no tal.

Salvador — Mal que le cuadre
tambien sabemos querer. .
si usté adora á una mujer,
adoro yo á otra: á mi madre

Alfredo. ¡Su madre!

Salvador. — Sí; ¿son estrañas
á usté pasiones tan bellas?
¿pues no nos han dado ellas
la vida con sus entrañas?

Alfredo Yo no pienso...

Salvador. — ¿Hay en el mundo
quien sienta pasion tan honda
y á nuestro amor corresponda
con afecto mas profundo?
¿Quién con cuidados prolijos
vela y con creciente afan,
y sabe quitarse el pan
para dárselo á sus hijos?
¿Acaso hay otras mujeres
que adoren con tal vehemencia,
que formen nuestra existencia,
con la esencia de sus séres?
¡Oh! no hay ninguna que amante
sea cual ellos lo son,

y no basta un corazon
para amarlas lo bastante.
Consuelo en nuestros dolores
su amor lo mas grande encierra,
que es este amor en la tierra
el amor de los amores!

Alfredo. ¡Así se siente!
(adelantándose hácia él conmovido.)

Salvador. Un momento;
(deteniendo su accion.)
que al hablar de esa manera
me propuse que leyera
la mitad de un pensamiento.

Alfredo. ¿Cómo?

Salvador. Mi madre, señor,
es una mujer honrada
y por nadie, ni por nada
quiero que manchen su honor.
Mi afecto hácia ella es ardiente
mas aun cuando asi no fuera
nunca su hijo consintiera,
en que humillára su frente.
Que aunque en su hogar no atesora
seda, terciopelo y oro,
puede tener mas decoro
que la mas alta señora.
Pues la virtud es igual
y aun es mayor su nobleza
con pañuelo á la cabeza
y un vestido de percal.
Y en suma, porque no obre
de hoy mas con prudencia escasa
sepa que no hay una casa
mas honrada. . ni mas pobre!

Alfredo. Yo esplicaré...

Salvador. Su osadía
no puede nunca esplicarla.

Alfredo. Osado fuí por amarla,
por ser digno de María

Salvador. ¿Cómo?
Alfredo. Por la vez primera
pasé esa puerta, señor,
y crea usté, por mi honor,
que si obré de esa manera
fué para pedir su mano
y lograr mi ilusion bella
llamándome esposo de ella,
y de hombre tan recto, hermano.
Salvador. Yo estimo, si así ha pensado
su buen concepto ante todo
mas, pensando de ese modo,
de otro modo hubiera obrado.
Usté es jóven.... ya lo sé,
y á su edad hay mil errores,
por lo misme á esos amores
les doy yo tan poca fé.
Y aun dándola, hay diferencia
entre su clase y la mia.,
Alfredo. Para mí es mucho María ..
Salvador. Para mí es mas la esperiencia.
Si al fin un dia cesara
ese exagerado amo ,
podria bien, un señor,
su pobreza echarle en cara.
Y vale mas que ella venza
su amor si hácia usté lo siente,
que ver sonrojan su frente
los tintes de la vergüenza.
Alfredo. ¡Oh! ¡eso nunca!
Salvador. Basta ya,
y aprenda á no ser ligero
que el que entra cual caballero,
cual caballero saldrá
Alfredo. Yo probaré á usté algun dia,
que no es mi pasion tan vana.
(dirigiéndose hácia el foro.)
Salvador. (¿Será verdad, ¡pobre hermana!
voy á llamar á Maria!)

Alfredo. ¡Oh!
(*volviéndose al llegar á la puerta.*)
Salvador. ¿Qué hay?
Alfredo. Llega...
Salvador. ¿Quién?
Alfredo. ¡Mi tio!
Salvador. ¡Ah! y si le vé. .
Alfredo. Eso desea...
Salvador. Pero entonces ..
Alfredo. Tal vez crea...
Salvador. ¡Lo que no existe!
Alfredo. ¡Dios mio!
él sabe.. y salvar anhelo
el buen nombre ..
Salvador. ¡Entre usté ahí!
(*tomando de pronto su resolucion y señalándole la puerta de la izquierda.*)
esto me faltaba á mí. .
Damian. ¡Va á matarme ese chicuelo!
(*entrando con muestras de cansancio, por la puerta del foro.*)

ESCENA X

Salvador —*Don Damian.*

Salvador (¡Qué insolente!)
(*al ver los bruscos modales con que entra don Damian.*)
Damian. (Este ha de ser,
que al otro bruto no veo.)
¡Buen hombre!
Salvador Saber deseo
en qué le puedo valer;
mas, pagando su franqueza
advierto á usté caballero,
que aquí dentro, ese sombrero

no está bien en la cabeza.

Damian. ¡Es usté orgulloso!

Salvador. Sí;
lo soy con todo pedante
que hace un alarde insultante
de vanidad ante mí

Damian. Mal se aviene tal pensar
con quien por mas que se empeñe ..

Salvador. Mas raro es que yo le enseñe
el modo de saludar.
(arrancándole el sombrero).
Y al grano, que hemos salido
de la cuestion vanamente;
esplique usté claramente
qué quiere, y á qué ha venido.

Damian. ¿Usté me conoce?

Salvador. No.

Damian. ¿Tiene usté una hermana?

Salvador. Sí.

Damian. ¿Vive usté con ella?

Salvador. Aquí.

Damian. ¿Y quién cuida de ella?

Salvador. Yo

Damian. ¿Sabe usté que ama.. ?

Salvador. Lo sé.

Damian. ¿Ya le ha dicho el otro?...

Salvador. Ya.

Damian. ¿Y está comprendido? .

Salvador. Está.

Damian. Muchas gracias
(de mal humor, separándose de él.

Savlador. No hay de qué.

Damian. Con lenguaje tan conciso
(acercándose otra vez.)
nunca nos entenderemos.

Salvador. ¿Le hace á usté falta que hablemos
algo mas de lo preciso?

Damian. Si la esplicacion no ensancha
creo que lo que ha indicado...

Salvador. Siéntese usté... sin cuidado,
(*ofreciéndole una silla y sentándose en otra*).
que aunque está vieja no mancha.
Damian. Empiezo
Salvador. Escucho.
Damian. Un sobrino
me ha dado Dios que, en verdad
aunque va entrando en edad
nada tiene de ladino
Próximo á tener carrera
se cree un hombre hecho y derecho
y fermentan en su pecho
pasiones de calavera
Pero, y aquí hallo yo el quid;
es tonto de capirote
y hará alguna que se note
sin duda en todo Madrid.
Pues todo el mundo recela
con razon, que es mi heredero
y saben que mi dinero
no es ninguna bagatela
Salvador. Y ahora...
Damian. En un compromiso
me trata de colocar
¡qué diablo! irse á enamorar
sin contar con mi permiso.
Y como tienta el demonio
á estos jóvenes del dia
á él le ha dado la mania
de contraer matrimonio
Yo confieso que su hermana
será una chica sin pero.
mas no se encuentra el dinero
de la noche á la mañana.
Salvador. ¡Ya! (*conteniendo su ira*)
Damian. Mas tambien se me alcanza,
que con su estraña mania
el chico á usté le podria
haber dado una esperanza.

Salvador. ¡Es claro!
Damian. De la razon
yo no me aparto por eso
pues por usté me intereso
para arreglar la cuestion.
Salvador. ¡Hola!
Damian. Sí, quisiera darle...
mas... vacilo á la verdad..
fije usté la cantidad
con que debo indemnizarle.
Salvador. ¡Indemnizarme!
(*levantándose.*)
Damian. Aunque fuera. . (*idem.*)
Salvador. ¡Vive Dios! don millonario
que no va á ser necesario
que baje usté la escalera.
Damian. ¿Qué dice?
Salvador. Que sus ochavos
guarde y que tenga entendido,
que, entre el pueblo en que ha nacido
nunca se compran esclavos.
Que si busco una peseta
por hallarla no me bajo
y si me falta trabajo
sabré empeñar mi chaqueta.
Salga usté, salga señor,
ó si no estoy decidido ..
Damian. Hombre, yo habia creido
que le iba á hacer un favor.
Su hermana de usté -
Salvador. No tiene
porque concluir su frase ..
yo no quiero que se case;
el chico no me conviene.
Damian. ¡Já!... ¡já!... ¡já!...
Salvador. Salga de aquí...
¡por Cristo!
Damian. Voy; mas no cuela,
que una triste mujerzuela...

Salvador. ¡Infame!
(*avalanzándose á él.*)
Alfredo. ¡Me toca á mí!
(*saliendo de pronto y deteniéndole.*)

ESCENA XI.

Dichos.—*Alfredo.*

Damian. ¡Ah! con que tú...
Alfredo. Sí, señor.
he oido sus palabras
y no consiento que ultraje
á una jóven que es honrada
que es digna de mi respeto
y de mi amor, y de...
Damian. Basta;
pues menos consiento yo
que así insultes á mis canas.
¡Reniego de ti!
Alfredo. ¡Mejor!
Damian. ¡Te deshéredo!
Alfredo. ¡Mil gracias!
Salvador. Es usté un jóven muy digno!
mas, por lo mismo, en mi casa
no romperá usté esos lazos,
que á la familia nos atan
y cuyo acto alguna vez
puede ser que le pesara.
Alfredo. ¿Pesarme?
Salvador. Siga á su tio...
Alfredo. ¡Nunca!
Damian. Si no es de mi casta...
Alfredo. Tiene razon y me alegro
Damian. ¡Quédate entre esa canalla!
(*saliendo por el foro.*)

Salvador. ¡Bribon!
(*corriendo tras él*)
Alfredo. ¡Es viejo!
(*deteniéndole.*)
Salvador. ¡Es verdad!
(*volviéndose.*)
mas si vuelve á las andadas. .

ESCENA XII

Ignacia.—Salvador.—Alfredo.

Ignacia. ¡Perdónale!
Salvador. ¡Madre mia!
Ignacia. El espiará sus faltas. .
Salvador. ¿Ha oido usté?
Ignacia. Lo sé todo
y ahí llorando, tu hermana
queda, esperando la absuelvas
su error .
Alfeedo. Señora, si tanta
es su influencia en el hijo
querido de sus entrañas,
yo la ruego que interceda
y que oyendo mi demanda ..
Ignacia. Caballero, aunque su rostro
velado está á mis miradas
conozco que el que así obra
no abriga pasion bastarda.
Pobre ciega, son mis hijos
mi consuelo y mi esperanza
y su aprecio á ellos estimo
y no olvido sus palabras,
mas somos pobres, señor,
pobres, que, si le rechazan
conservarán su recuerdo

con gratitud en el alma.

Alfredo. ¡Oh! ya no hay remedio!

Salvador. El tiempo
consuela nuestras desgracias
y si la memoria no es
de un hijo del pueblo, ingrata,
esta mano .
(dándole la suya)

Peneque. Es que esa mano,
no es la mano que él buscaba.
(apareciendo por el foro y colocándose entre ambos.)

ESCENA XIII.

Dichos.—*El tio Peneque.*

Salvador. ¡Tio Peneque!

Peneque. Vamos hombre
que si yo tuve cachaza
sabia bien lo que hacia
consintiéndole á tu hermana...

Salvador. Pero el caso...

Peneque. ¿A que me enfado
para siempre, si no tratas
de hacer mi gusto? ¡María!
(llamándola.)

Salvador. ¡Cómo!

Peneque. La pobre muchacha
estará llena de miedo
y yo no quiero.

Ignacia. ¿Ustó trata?...

Alfredo. ¡Tio Peneque!
(acercándose á él con confianza.)

Peneque. ¡Ea, chiton!
ya está ahí la chica. .
Maria. ¿Me llaman?
(saliendo con timidez del cuarto de su madre).

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.—*Maria.*

Ignacia Sí. hija mia
Maria. ¡Madre!
Peneque. Vamos
se acabó la tontería,
acércate aqui, María,
porque en tu dicha pensamos.
Yo ya soy un pobre viejo
que á tragos pasa la vida
hasta que el diablo decida
que le suelte mi pellejo.
Como esto no ha de tardar
mis onzas reparto, y quiero
si no ofende mi dinero
á esta muchacha dotar.
Salvador. Es usté un hombre escelente
mas no admito. .
Alfredo. Yo tampoco.
Peneque. Pues señor, ó yo estoy loco
ó no comprendo á esta gente.
Ignacia. ¡Hijo mio!
(con espresion de orgullo.)
Peneque. Ven acá.
(asiéndole una mano.)
Salvador. No se canse, tio Peneque.
¡Ah!
(apoyándose en él vacilante.)

Peneque. ¿Qué es eso? ¿estás tembleque?
Salvador. No... sentí...: se pasa ya...
la emocion...
(procurando serenarse.)
Ignacia. Bien puede ser.
Maria. No es eso solo...
Salvador. ¡María!
(imponiéndole silencio.)
Alfredo. ¿Qué tiene?
Ignacia. Dilo, hija mia.
Maria. No ha comido desde ayer.
Ignacia. ¡Hijo!
Maria. Por darlo á las dos
se quitó el pan.
Salvador. No señora..
Peneque Si me rechazas ahora
no tienes perdon de Dios.
Yo mis negocios traspaso,
tú trabajarás por mí,
y dándote un sueldo ..
Salvador. Así...
Peneque. Tú aceptas, y yo los caso.
(asiéndoles las manos.)
Salvador. ¿Usté?
(sonriéndose,)
Peneque. No, que será el cura.
Salvador. Pero el dote es de mi cuenta,
pues trabajando .
Peneque. Revienta
si calla.
Alfredo. Es una locura...
Peneque. ¿Tú tambien?
Alfredo. Yo...
Ignacia. Se acabó;
dad gracias al tio Peneque...
Peneque. ¿Si querrá ese Tirabeque
saber algo mas que yo?
¿Acaso no hila este majo
(por Salvador.)

mas delgado que un alambre?
¿qué está muriéndose de hambre
y solo acepta el trabajo?
Que venga el mas ricachon,
y á pesar de su dinero,
de este pobre jornalero
recibirá una leccion.

Salvador. Su elogio es muy lisonjero,
Ignacia. Lo has llegado á merecer.
Salvador. Es que bien se puede ser
artesano y caballero.



FIN.

